

Costa íntimo: diario y escritos de juventud

JUAN CARLOS ARA TORRALBA¹

Este escrito pretende enumerar y analizar los numerosos manuscritos autobiográficos de Joaquín Costa escritos durante su juventud y primera madurez. Se da cumplida cuenta del proceso de edición de sus *Memorias... en este valle de lágrimas...*, así como información relevante en torno a textos todavía inéditos como el *Nosce te ipsum*. Todo ello con el propósito común de perfilar definitivamente el carácter de Joaquín Costa y su atormentada intimidad.

This essay aims to list and analyze Joaquín Costa's numerous autobiographical manuscripts written during his youth and his first maturity. The author gives a thorough account of the publishing process of his *Memorias... en este valle de lágrimas...*, as well as relevant information concerning still unpublished texts such as the *Nosce te ipsum*. The common aim of all of this is to definitively outline Joaquín Costa's character and his tormented privacy.

Nunca hasta los días que corren habíamos estado tan cerca de comprender el carácter y la personalidad de Joaquín Costa. La edición de sus *Memorias* —de inminente publicación cuando estas palabras eran pronunciadas y este discurso defendido en Graus como conferencia de clausura del excelente congreso *El legado de Joaquín Costa: segundas jornadas*— a buen seguro permitirá a costistas y curiosos de su formidable obra y figura asomarse a las entrañas mismas de un hombre celoso como pocos de su propia intimidad.

Y es que, en verdad, aquel hurraño aragonés que huía como de la peste de fotógrafos que pudieran immortalizar los rasgos atormentados de su rostro, y aun los defectos derivados de su distrofia muscular (desafección por los modernos *retratos* que anotó convenientemente en las *Memorias*, por cierto), no dudó durante su juventud en acudir a la escritura de diarios y otros textos autobiográficos que reflejasen en privado lo que al cabo, leídos centuria y media después, serían las más acabadas placas, cuya emulsión había captado unos perfiles rotundos a la luz de un terrible carácter.

No otra cosa son, en puridad, sus *Memorias*: la plasmación trágica, personal, casi terapéutica, de una *máscara* en su sentido clásico, de toda una *personalidad*. Tal vez por esa razón Costa guardó con especial mimo esa gavilla de cuadernillos manuscritos que hablaban de sí casi como una novela epistolar dieciochesca, con la salvedad fundamental, claro es, de que en

1 Universidad de Zaragoza. jara@unizar.es

estas *cartas* costistas el remitente y el destinatario eran uno mismo. Quizá también por el reconocimiento de esa naturaleza fundamental de confesión íntima, los herederos de Joaquín Costa custodiaron con afán aquellos textos en la cautela de preservar la confidencia personal, hasta que hubieron de decidir que este acto de comunicación privado y *cerrado* merecía ser revelado al fin, cual fotografía pública, a todo aquel que quisiera acercarse a un valioso recuento vital, a la relación de acontecimientos y reflexiones de nada más y nada menos que tres largos lustros de la existencia de Joaquín Costa *según* Joaquín Costa.

Esta evidencia última, la de que las *Memorias* existen en tanto y en cuanto fueron conservadas por Costa y sus descendientes, explica que mi edición (Ara, 2011c) comience con un sincero agradecimiento a todos aquellos que, de una manera o de otra, han permitido que el texto saliese a la luz en su integridad; desde los llorados Alfonso Ortega Costa o José María Auset Viñas —por citar tan solo a dos miembros de las ramas de herederos— a estudiosos, también desaparecidos, como George J. G. Cheyne, quien pudo leer en su día las *Memorias* y extraer con suma pericia algunas de las líneas maestras de su construcción, señalando la trascendencia de los textos para comprender cabalmente a Costa (Cheyne, 1972a, 1972b y 1981).

Y cabal me pareció arrancar la explicación de la naturaleza de las *Memorias* observándolas como ejercicio de reflexión acerca de la forja de un *carácter*, tal como se entendía en las calendas decimonónicas: una tarea de reconocimiento de una formación de la personalidad *in fieri*, al hilo de la sucesión de acontecimientos de índole familiar, profesional o sentimental (Ara, 2011a). Nacieron las *Memorias* de un momento determinado de crisis y de necesidad de afirmación personal (salida de la comunidad familiar de Graus) contra un entorno que Costa percibiría casi siempre a lo largo de su existencia como algo extraño y hostil, como obstáculo para la consecución inexorable de un programa vital estricto, trazado teleológicamente desde la más tierna juventud al calor de lecturas de *infancias célebres* y otros libros donde se describía la *perfección* biográfica de artistas, científicos, grandes hombres...: los *héroes*, en definitiva, al uso de Carlyle.

Costa siempre se propuso *ser alguien* (Ara, 2011b), lograr un lugar en el panteón de hombres célebres, hacer de su vida una entrada de la enciclopedia nacional de hombres insignes. Este titánico planteamiento le supuso no pocas insatisfacciones, las cuales plasmó trágicamente en sus *Memorias*. De esas frustraciones cotidianas muchos historiadores han colegido ese adjetivo de *fracasado* que se suele colgar a la vida y empeños de Joaquín Costa, cuya razón de ser no obedece a resultados objetivos —pues es indudable que consiguió, de largo, *ser alguien*— sino a un palmario *misreading* de lo que no fueron sino consecuencias de esa forma *frankliniana* de conducirse: tan moral, estricta y severa hasta rayar en la patología, que convertía en fracaso gigantesco lo que apenas podría parecernos nimiedad cotidiana, pero que Costa consideraba desvío o retraso fundamental en el acabamiento perfecto de su riguroso proyecto vital.

De ahí el proverbial orgullo de Costa y la displicencia en el trato con sus familiares, compañeros (amigos, lo que se dice amigos, tuvo pocos) y protectores, quienes siempre acababan convirtiéndose en nuevos obstáculos para la consecución de los objetivos de este singular héroe romántico que fue, a no dudar, Joaquín Costa. A una humildad de fondo unió un orgullo implacable derivado del reconocimiento íntimo de su esfuerzo, trabajo y valía. Reputó como desdén y humillación sin límite todas y cada una de las contrariedades que parecían poner en peligro su programa biográfico. Como señalo en la introducción de las *Memorias*, tras cada

pequeño triunfo en el proyecto vital de Joaquín, o bien tras la percepción de una nueva esperanza de progreso, nuestro hombre manifiesta una alegría interior por poder demostrar su valor y su ascenso social ante los parientes ricos. Ocurre con Hilarión Rubio, pariente político al cabo, sucede especialmente con los tíos de *casa Molina*, los Ignacio y Pablo Gil, pero también con sus deudos Salvadora Gil o su marido, el farmacéutico Ildefonso Castán... De hecho, en la decisión de cortejar a Concepción Casas Joaquín Costa ha de sopesar una no muy escondida revancha y un triunfo por pretender a una antigua *novia* (entendida en los parámetros antropológicos del siglo XIX) de Vicente Castán, *desdeñando* olímpicamente a su hermana Salvadora.

La atención desmedida a minucias personales, a pequeñas revanchas o lacerantes agravios puede descorazonar al historiador que esperase encontrar en las *Memorias* de Costa un yacimiento prodigioso de reflexiones acerca de los principales acontecimientos históricos del periodo cronológico en el que aquellas se desarrollan. Esta ausencia obedece a la lógica de génesis y recorrido del texto: es un diario de un autor decimonónico que anota aquello que le interesa vivamente, aquello que le afecta de manera próxima a su proyecto personal. Hay, aun escasas, opiniones sobre hechos históricos de relevancia, pero pasan al registro del diario si y solo si Costa entiende que se siente concernido por ellos de forma inmediata, o bien si cree que acompañan solidariamente a su propio decurso vital (es el caso, por ejemplo, de la revolución de 1868, que Costa *asocia* a la crisis de programa biográfico en Barbastro y entiende por tanto como posibilidad real de rebeldía). También es cierto que Costa no se prodigó en este tipo de reflexiones acerca de la actualidad palpitante durante el resto de su vida, pendiente más de la consumación de sus *programas*, ya no solo personales, sino también políticos, económicos o referentes a la reforma de la judicatura. Dicho de otro modo más eficaz e histórico: Costa no fue, no llegó a ser un *intelectual* al uso tal como se conocería esa figura en España a partir de 1898; quedó anclado en el siglo XIX, del que es paradigma por muchas razones, y no alcanzó (tampoco es dable reprochárselo, salvo que incurramos en error de perspectiva) a ser esa especie de eterno *espectador*, al uso orteguiano, que avizora los cambios políticos y culturales de su tiempo con el fin de anotarlos en forma de *crónica*.

Las *Memorias* no son, por lo dicho, recuento de una época; o lo son tangencialmente, en segundo grado, en la medida en la cual podemos detectar rasgos generales de aquel tiempo a partir de un texto de uso personal, *notarial* en ocasiones, que más parece un monólogo de quejas, un auténtico *cahier de doléances* íntimo.

Esta última circunstancia, sin embargo, añadió numerosas dificultades al de por sí laborioso proceso de transcripción de los cuadernillos manuscritos originales de las *Memorias* (incluidas las *Hojas sueltas* que se conservaban también en Barcelona). Quiero decir que a la verdadera *descodificación* de esa escritura menuda y endiablada de Costa, cuyos renglones más de una vez trepan y brincan por los márgenes de las cuartillas por mor de aprovechar al máximo el espacio, se unió otra labor de descifrado de numerosas abreviaturas, latinajos, fragmentos de inglés, francés o italiano un sí son no son macarrónicos, de puesta en claro de nombres propios de personajes extranjeros erróneamente transcritos por Costa, de dilucidación de criptogramas varios... Y qué decir de la muchedumbre de personajes ligados a su trayectoria vital y citados en las *Memorias*, cuya existencia ha pasado lógicamente inadvertida a libros y monografías de historia del siglo XIX, interesados en personajes de mayor peso. Todavía hoy persisto en

la revisión, abundamiento o amplificación de datos acerca de topógrafos, deanes, labradores, familiares cercanos, tipógrafos, párrocos o simples compañeros de fatigas de Joaquín Costa (en una pensión, en la universidad, en un viaje de Madrid a Graus...), a quienes el por entonces joven estudiante tuvo a bien inmortalizar (¡quién se lo iba a decir a más de uno de ellos!) en las páginas de sus frenéticas *Memorias*.

No oculto, desde luego, el modesto placer que sigue a la identificación de esos personajes *menores* en esta tarea de recolección de briznas eruditas. Es en todo caso mayor a la mera explotación enciclopédica que se produce cuando se aporta un mínimo de información biográfico-enciclopédica de ciudadanos *mayores*, de personajes de importancia en el tranco cronológico que recorren las *Memorias*. Pero es lo que hay: Joaquín Costa anduvo rodeado (supongo que muy a su pesar) de dioses y demonios menores durante su juventud y primera madurez, y no abundan las menciones a ciudadanos de fuste, salvo tal vez en el periodo universitario. También esta certeza puede volver a descorazonar a los historiadores que rastreen las *Memorias* en busca de referencias a actores protagonistas del siglo. Tal vez el libro guste más a antropólogos, *intrahistoriadores* o, de seguro, a lectores de novelas al uso galdosiano.

Y, con todo, queda mucho por hacer, a pesar de haber arrojado luz a bastantes pasajes oscuros de la vida de Joaquín Costa. Falta comprobar, que no es poco, la fecha real de su nacimiento, pues la lectura de varios pasajes del diario sugiere adelantar en un día ese acontecimiento. De menor alcance enciclopédico, pero no por ello menos trascendentes para la comprensión de determinados aspectos de la vida y el pensamiento de Costa, resultan la identificación más certera de algunos parientes ribagorzanos, la dilucidación más o menos definitiva del enigmático acercamiento a sectores protestantes (Tristán Medina) y heterodoxos, una explicación del todo convincente de la dolorosa y fluctuante relación con Rubio y Salamero... Otros aspectos, sin embargo, seguirán un poco en el ángulo oscuro del salón, que diría aquel, como por ejemplo la tarea de completar la correspondencia con Conchita Casas, pues hube de saber hace algunos meses que los descendientes de Conchita, los Piracés Casas, quemaron los originales que ella, curiosa y reveladoramente, conservó y legó a sus deudos.

Algo más nos será dado conocer de estos y muchos más asuntos si al fin nos es posible editar los textos autobiográficos de juventud que todavía guardan los legatarios de Pilar Costa (Antígone) y José María Ortega en su casa barcelonesa, compartiendo espacio con los cuadernillos de las *Memorias*. Señaladamente el *Nosce te ipsum*, auténtico *complemento* de los textos diarísticos. Porque Costa, como señalamos en otro lugar (Ara, en prensa), reveló su intimidad en numerosas notas autobiográficas escritas entre 1864 y 1878. Aparte de las *Memorias*, existen el *Nosce te ipsum* —manuscrito redactado en el verano-otoño de 1868 entre Barbastro y Huesca—, que es una suerte de reflexión a partir de lo anotado en los diarios, con añadidos y nuevas notas de Madrid y 1870; los *Borradores y bocetos* —cuadernillo fechable en septiembre de 1868—, con interesantes apuntes; las *Notas biográficas (Una vida, notas sueltas, criterio)*, pergeñado en Madrid, concretamente en el pueblo de Chapinería, y 1870; el *Mentirologio* —de 1868—, cuadernillo proyectado originalmente como sección del *Diario* para desarrollar ideas e invenciones por extenso; y las *Semblanzas* —Madrid, diciembre de 1868—, que es una colección de breves retratos de amigos, familiares y conocidos donde Costa refleja perfectamente su carácter por oposición a los individuos de su entorno.

Y es que, como bien se sabe, Joaquín Costa escribía y reescribía una y otra vez. Utilizaba hojas sueltas, libros ya publicados —por ejemplo, las jugosas notas que pueden leerse en los márgenes de su ejemplar de *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*— para manifestar por escrito el fantástico flujo de su pensamiento. Luego ordenaba y reordenaba notas y hojas *ad nauseam*; volvía sobre ellas; se transformaban unas, otras pasaban a ser vías muertas de ideación. Costa sufría de un auténtico *horror vacui* por temor a la posible pérdida de cualquier impresión o idea, y esta obsesión se traducía en un sistema de archivo provisorio de documentos en carpetas que a su vez daban origen a otras carpetas..., de títulos efímeros que se reconvertían, bien en otros, bien en epígrafes subsidiarios. A Costa le obsesionaba el método de no perder el tiempo ni los frutos de su trabajo. En este sentido, y referido estrictamente a lo autobiográfico, es revelador que, una vez en Madrid y 1870, preparó una especie de antología propia de apuntes vitales; su propósito era preservar al menos lo esencial de muchos escritos en caso de pérdida de originales. La titularía *Mosaico: frases sueltas de varios trabajos manuscritos o impresos, algunos de ellos perdidos*, y puede consultarse en el rico Fondo Costa custodiado en el Archivo Histórico Provincial de Huesca.

La existencia de estos escritos evidencia tanto la certeza de una turbadora *obra en marcha* como la figura de un hombre de portentosa inteligencia y formidable capacidad de trabajo, poseedor de ese “maldito pundonor que sin duda alguna ha puesto la naturaleza en mí” —según anotaba tempranamente en sus *Memorias* en 1864—, aquellas cualidades que habría de demostrar desde niño con los maestros de Graus y luego en Huesca durante los años del Instituto o en Madrid en el transcurso de sus fulgurantes estudios universitarios.

Conviven aledaños a las notas autobiográficas recogidas en los cuadernos que señalamos numerosos apuntes de todo tipo. Porque siempre hubo de gravitar sobre nuestro personaje un constante flujo de pasión proyectista: anotaba día sí y día también infinidad de ideas, miles de apuntes de cosas por hacer. Pero no debe olvidarse que el principal proyecto en la vida de Costa no fue la agricultura, la historia o el derecho, el principal proyecto de Costa fue él mismo. Imaginó, sucesivamente, un brillante futuro como militar, como ingeniero, como maestro, como abogado, como periodista, como novelista...: un futuro próspero, un final con recompensa por todos los esfuerzos empleados en el que (tampoco conviene olvidarlo) siempre tenía que aparecer una mujer que completase el programa vital. Una mujer primero diseñada en los duermevelas de las *Memorias* al estilo decimonónico (el *ángel del hogar* que supliese las carencias domésticas del varón), y después, tras tratar con Giner y el círculo institucionista, una mujer armoniosa, al estilo krausista, que fuera también una especie de instruida secretaria que ayudase en los trabajos del marido. Esa imagen de mujer moderna fue, no debe olvidarse, la que creyó vislumbrar tras su gran amor en los años oscenses: Concepción Casas Soler.

Tampoco ha de sorprender la cantidad de escritos autobiográficos repartidos en varios cuadernillos. Costa era un hombre solitario. A gusto en la soledad de sus jornadas de estudio y escritura, vivía el paso del tiempo y las relaciones sociales con verdadera angustia (bueno es recordar que le rondaba la idea del suicidio desde 1864; ya en Madrid tuvo un conato de llevar a cabo la fatal idea; en su lugar, en 1870, piensa en ingresar como monje en el monasterio de Solesmes, y con tal propósito escribió a su abad). No extraña que otro grafómano, Miguel de Unamuno, viera en Costa una suerte de alma gemela, pues para nuestro hombre el sufrimiento

llegó a ser algo necesario, connatural. La existencia se convertía en agonía constante (entiéndase, la vida como lucha, el *struggle for life*, a lo Herbert Spencer). Describió Costa la existencia en términos negativos, de privación, porque a su entender trágico el tiempo pasaba inútilmente, sin fruto, siempre avizorando una recompensa eternamente demorada. Esa espera se llenó, durante su juventud y primera madurez, de notas y escritos autobiográficos.

Mucho habrá de decir de la vida de Costa, según ya apunté en otro lugar (Ara, 2012), la necesaria y espero que futura edición del resto de sus textos autobiográficos de juventud. Como aperitivo de esa publicación, he espigado una serie de fragmentos de ese poco conocido cuadernillo *Nosce te ipsum* para abundar en determinados aspectos de su vida apenas sugeridos en las *Memorias*. Son textos, en todo caso, muy reveladores, puesto que el *Nosce te ipsum* fue ideado por Joaquín Costa como complemento reflexivo de sus diarios. Así, el primero es una indagación sobre cómo entiende Costa sea su *corazón*. Datado en agosto de 1868, puede comprobarse tras su lectura cómo nuestro autor reconocía el vigoroso entramado *intertextual* de sus anotaciones. Teniendo a la vista las *Memorias*, Costa anota los renglones originales en una suerte de reescritura que glosa doblemente la reflexión original:

Ahora, ¿qué es, cómo es mi corazón? Difícil análisis, el conocer su espíritu, para otro que no fuera yo mismo. En mí, la imaginación predomina sobre la razón, sobre la inteligencia: el corazón manda siempre que consideraciones sociales no ponen fuera de acción mi libre albedrío.

Nota: “Estas condiciones han podido verse algunas veces aparentemente contrariadas en mí, por vicios de educación o por exigencias sociales; pero ellas son fundamentales, y constituirán siempre el principal motor de mi albedrío”.

Por eso, con pasiones bien definidas aunque ocultas en su mayor parte aun a los mismos que más de cerca me han tratado, he podido investigar con algún fruto las condiciones bajo las cuales vive mi corazón. Dignidad, honor, sencillez, verdad natural (frecuentemente salvaje); horror a la hipocresía, al escándalo y al cinismo; tolerancia con los defectos físicos, intolerancia con los vicios; poesía, amor, sentimiento, melancolía suma; caridad, ternura, humanidad... Total, nobleza, naturalidad como en Abel, ardor poético como en Safo y santa Teresa... Lo que equivale a decir: un corazón que no es de este siglo. Siempre he dicho: mi corteza es de salvaje, mi corazón de poeta.

Nota: “Digo siempre que mi corazón es de poeta de carácter melancólico en sumo grado. ¡Qué bien conocía Chateaubriand las pasiones del sentimiento!...”.

Leído esto, corro a registrar las páginas de mis *memorias* (de 1864 a 1868), y veo que de un extremo a otro no son sino una negación externa, que levanta un perpetuo quejido y forma una égloga lastimera bien que de rudo estilo, como intérprete improvisado de las pasiones. Examino luego lo que tengo escrito de este *Nosce te ipsum*, y veo una continuada privación de algo.

Es el siguiente fragmento, también de 1868, un acabado ejemplo del propio reconocimiento de las consecuencias de su soledad, por un lado, y de la recíproca falta de reconocimiento ajeno del valor del talento y de los esfuerzos de Costa:

Pues bien: la perspicacia de mi idea, la profundidad de mi pensamiento, la desmesurada talla que presentó mi genio cuando aún se hallaba en embrión... nadie la ha vislumbrado, nadie la ha sospechado siquiera, nadie aun viéndola la hubiera creído... En los detalles ordinarios de la vida práctica no debí sobresalir, no: mi genio había sido creado para cosas más grandes, y para ellas debió desarrollarse. Pero aquel embrión se dejó dormir; faltóle el calor de la instrucción, faltóle el cultivo, y pereció casi por entero. Ahora me he quedado sin el talento de los detalles y sin el genio de las grandes ideas. Lo que resta de este último no se ha comprendido todavía, pero es muy posible que

llegue a ser penetrado. Lo que no penetrará nadie jamás, porque... ¡es imposible!, es este corazón mío, de penetrante mirada, de sentimientos elevados, de tiernísimas emociones y deseos infinitos... No; ¿quién en este mundo puede comprender mi corazón sino yo mismo? [...] Don Hilarión Rubio cree conocerme, pero está muy lejos. No lo conseguiría, aunque viviera medio siglo conmigo, aunque leyera estos cuadernos, tristes confidentes míos; porque en la naturaleza moral del hombre existen concepciones tan puras, suceden fenómenos tan abstractos que el mismo entendimiento que los penetra no se atreve a darles la forma de idea.

Uno de los aspectos más oscuros, pero en todo momento dolorosos y conmovedores, de la vida de Costa fue la relación con sus padres, especialmente con su madre. Él era consciente, y se extrañaba por ello, del escaso amor filial que sentía hacia sus progenitores. En el *Nosce te ipsum* lo terminó explicando en grandilocuentes términos de destino y heroicidad personales:

Este es el lugar de consignar un fenómeno singularísimo que, con alguna vaguedad, he observado varias veces en mi corazón, y que ahora de pronto ha llamado en las puertas de mi memoria: este fenómeno es un amor filial muy reducido. A la verdad que no me atrevería a declarar esta particularidad, si no fuera una confesión hecha a la faz de mi propia conciencia, si alguien pudiera leer en estas interioridades de mi alma... No sé si eso sucede en los demás; pero en mí es por desgracia demasiado evidente. No parece sino que he nacido exclusivamente para la humanidad, o para la patria: indudablemente, que todo el amor que a esta profeso y que los demás no le profesan, todo el amor de otra especie que mi corazón guarda como en reserva, no sé si para espiritualizarme, todo ese amor ha sido arrebatado a mis progenitores. Yo los estimo, yo los aprecio, yo siento sus desgracias inmensamente más que las mías, yo abandonaré gustoso mis cosas indispensables por proporcionarles las necesarias; pero por más que quiera rebuscar hasta el último rincón de mi alma, no hallo ese entusiasmo, esas delicias que se sienten al ver objetos queridos después de largos tiempos de ausencia, aquel amor, digo, que nos inspira vivísimos deseos de permanecer siempre con lo que se ama, ya que no de fundirse con él íntimamente... Pero, ¿de dónde viene esto?... ¿Y sucede en los demás esto que yo llamo singularísimo fenómeno? Preferible será que no ensaye una indagatoria de causas, porque me perdería en un mar de conjeturas y trabajaría en vano. Solo debo recordar que el Decálogo no dice *Ama* sino *Honra* a tus padres, porque el amor no puede prescribirse con el respeto, y que el Génesis dice también que la mujer dejará a su padre y a su madre para unirse a su marido... Pero ahora me ocurre: ¿Si vendrá esto, por más que parezca una paradoja, del encuentro de mis dos caracteres sensibles y enemigo de la hipocresía? No puedo ver sufrimientos en las personas que yo aprecio muchísimo, y el sentimiento de dolor que esto me causa es tan intenso que no da lugar a la manifestación, ni siquiera fingida, del menor sentimiento de alegría y amor.

El siguiente fragmento es explícito ya desde su título: “Mi carácter”. También de 1868, resume los principios que regían sus acciones. Lo transcribo por extenso, dada su importancia:

Mi carácter es tan fijo en su esencia como vario en sus manifestaciones. Generalmente triste, es algunas veces festivo. Casi siempre modesto, es a veces orgulloso. Mi carácter se resume en estas palabras: enemigo de la hipocresía, de la injusticia, de la crueldad, del escándalo y del cinismo, violento y desconfiado por instinto, y amante de la patria hasta el extremo de mentir y encolerizarme contra la razón misma [...] Enemigo de la crueldad. Ya de pequeño no podía presenciar el bárbaro degüello de un cordero, ni me alegraban como a otros los chillidos del cerdo atravesado por la cuchilla: hasta miraba de reojo a los carníceros, clasificándolos mi tierna inteligencia en una escala inferior a la de los demás hombres. Debo creer por fuerza que mi corazón es diferente al de la mayor parte; porque recuerdo que nunca he acompañado a los niños de mi edad cuando todos la emprendían a pedradas con el gato o perro que pasaba, o daban de golpes a los corderos de los rebaños, o lanzaban palitos

con liga a los mismos perros, o despojaban de sus plumas a pájaros vivos y les clavaban un alfiler en la cabeza, etc., etc. Muy aficionado a coger nidos sí, pero no para atormentar a los polluelos, sino para tener el gusto de cuidarlos, verlos, mimarlos, etc. A veces me han dado compasión los padres del nido, y he vuelto a él uno de los pajaritos. El horror que tengo por las corridas de toros ha nacido principalmente en la compasión que me inspiran los caballos, en lo que me repugnan el cinismo y la ingratitud.

Carácter violento. En los sucesos de la vida se presentan mil contrariedades: a cada paso ve uno trastornados sus planes, derribados sus cálculos, defraudadas sus esperanzas. Pues bien: ahí está la violencia de mi carácter: no puedo sufrir con paciencia esos reveses, y me encoleriza contra las personas, contra los objetos, contra los accidentes que los han causado, no escapándome yo mismo de la tormenta, si, como sucede algunas veces, he olvidado algún incidente o errado algún detalle. Estas contrariedades han sido y son muy frecuentes en mi vida; y, sin embargo, no he aprendido todavía a aguardarlas y sobrellevarlas con ánimo sereno. Generalmente, las tormentas que se sublevan en mi ánimo por la violencia de carácter son tormentas mudas que nacen, viven y mueren sin aparecer al exterior más que por medio de contracciones digitales y rechinamiento de dientes. Sin embargo, sucede a veces que se apodera de mí un humor de mil demonios, teniendo por síntomas exteriores semblante triste, contestaciones lacónicas, espíritu ensimismado; en estos casos no puedo discurrir absolutamente nada y solo me preocupa la idea de la contrariedad sucedida. Si estuviera libre y me desahogara contra alguno o contra alguna cosa, pasaría pronto el primer movimiento, que es el más ingrato; pero lo que más le hace durar es su concentración. Todos los que me hablan en tales ocasiones se aperciben del mal humor.

Poco más adelante, en el mismo texto del *Nosce te ipsum*, Joaquín Costa demuestra otra vez su afán de reconocimiento y la alta estima de sí que tenía vigorosamente entrañada en el carácter:

Por la combinación de mis dos caracteres, desconfiado y enemigo de la hipocresía, tengo cuidado de no adelantarme nunca por mí solo a figurar en ninguna parte ni a sobresalir cuando formo parte de una reunión, etc. Sucede que permanezco ignorado por algún tiempo; pero al fin la exuberancia de méritos grita muy alto, y se me separa de la multitud, se me pone a la cabeza. Recordar cómo ha sucedido esto en Graus con Parral, en el Instituto de Huesca, en el Ateneo de ídem, en París con los discípulos observadores, etc. En todas partes he sido uno de tantos por espacio de cuatro o seis meses; pero, después, de un salto he llegado a la apoteosis.

En cuanto al programa vital, al proyecto de creación de un Costa célebre, merecedor de una entrada en la enciclopedia de la civilización, el fragmento que sigue es complementario a varios pasajes de las *Memorias* comentados por mí cuando insinuaba el plan de Costa para trascenderse a sí mismo en forma de fundación de una saga familiar célebre. En el *Nosce te ipsum*, Costa alcanza a planificar el nombre y el número de sus hijos, incluso de las profesiones de cada cual, acordes al nombre simbólico con que los *bautiza*. A nuestro hombre, *de progreso*, que sufría desmedidamente la sucesión infructuosa de los presentes, le solían asaltar con frecuencia la desazón y la sensación de fracaso. En septiembre de 1868 Costa repasa una vez más su estado en ese momento y el resultado de las proyecciones pasadas, y termina reconociendo en el cuadernillo citado, después de haber detallado la prometedor *saga de los Costa*:

¡Ilusiones! ¡Ilusiones! ¡Aunque una esposa querida me diera un hijo en el año 1875, y que a los 20 años diera principio a sus estudios serios (al *Monte Sinaí*, por ejemplo), que la aparición de estos fuera a los 11 años, llegaríamos al segundo lustro del siglo xx y yo tendría 60 años! ¡Y aún están allí mil dificultades, y la eventualidad de que sea precisamente un varón, que este no me sea arrebatado

de la cuna por el ángel de la muerte, que no tenga un talento vulgar, que sepa yo inspirar y hacer sentir a su alma la grandeza de la Creación, etc., etc.!, ¡la eventualidad de que sepan llegar tantos niños al nivel de los poetas, de los historiadores, de los químicos, etc.!, ¡distinguido! ¡Cuántos pesares guarda la naturaleza moral para un corazón de 1868!

En otro orden de cosas similar, de pasajes que complementan las *Memorias*, también en el *Nosce te ipsum* Costa novela en ocasiones su infancia y determina en ella el origen de la desgracia posterior. Él nació en un entorno pobre y tal circunstancia hubo de condicionar fatalmente el camino por llegar a ser alguien:

A pesar de que este niño había nacido evidentemente para hacer grandes descubrimientos en la agricultura, para ser un Liebig español, más insigne tal vez que el alemán, tuvo la desgracia de caer en manos de unos padres pobres y de unos parientes ignorantes y avaros; y fue destinado a ser cura. ¡Siquiera en esta decisión hubiera habido algo de sentido común! Pero no sabían el *quibus auxiliis* y cuando lo supieron era ya tarde: habían pasado muchos años y el alma de Costa estaba envenenada de pesares. Su padre aborrecía el cultivo, como lo aborrecen la mayor parte de labradores pobres e ignorantes, y no quería que su hijo fuera labrador como él. ¡Ay, ay! ¡Cuántas veces he suspirado por volver a aquel punto de partida! Allí al menos, siendo ignorante y desconocido, no sabría que lo era; mientras que después, cuando vio la oscuridad detrás y el abismo delante, ¡oh, qué noches de luto y horror han cruzado por su mente en medio de los resplandores del sol! Alma sensible, nacida para el entusiasmo, para la gloria, para todo lo grande, talento profundo...: el infierno derribó su barquilla en un mar de fuego que quemó en ella el último vestigio de consuelo, ¡la esperanza! Un niño que, como dijo más tarde su profesor, don Serafín Casas, hubiera sobresalido en todo, se ha visto obligado a arrastrar una penosa existencia llena de humillaciones y de tormentos. ¡Inescrutables designios de la Providencia!

Podrá advertir el lector que el *Nosce te ipsum* y el resto de cuadernillos autobiográficos pendientes de publicación constituyen un yacimiento valioso para terminar de perfilar cabalmente el carácter de Joaquín Costa, de ese hombre atormentado que se hizo grande para la posteridad desde unas galerías íntimas construidas de agonía y sentimiento trágico de la existencia. En esa tarea estoy, y créanme que merece la pena.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Ara Torralba, Juan Carlos (2011a), “Actualizando a Joaquín Costa ante el centenario de su muerte”, *Turia*, 97-98, pp. 457-468.
- (2011b), “Costa en sus *Memorias* o la inexorable voluntad de ser alguien”, en Ignacio Peiró y Rafael Bardají (eds.), *Joaquín Costa: el fabricante de ideas (Parainfo, Universidad de Zaragoza, del 22 de marzo al 5 de junio de 2011)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 39-51.
- (2011c) (ed.), Joaquín Costa, *Memorias*, Huesca / Zaragoza / Teruel, IEA / PUZ / IFC / IET / Gobierno de Aragón (Larumbe. Textos Aragoneses, 73).
- (2012), “Costa según Costa: notas y escritos autobiográficos (1864-1878)”, en *En torno a Joaquín Costa: conferencias de Barcelona, 2010.*, Zaragoza, IFC, pp. 29-36.
- Cheyne, George J. G. (1972a), *A Bibliographical Study of the Writings of Joaquín Costa (1846-1911)*, Londres, Tamesis Books Limited.

- Cheyne, George J. G. (1972b), *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel; 2.^a edición, con prólogo de Josep Fontana y epílogo de Eloy Fernández Clemente, 2011.
- (1981), *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, edición revisada y ampliada, traducida del inglés por Assumpció Vidal de Cheyne, Zaragoza, Guara.